

ble fundar un gobierno, en aquellas condiciones, aunque el archiduque hubiera tenido el genio de Turgot en hacienda y el de Federico II para formar ejércitos. La cuestión financiera se presentó siempre de un mismo color; pero los hacendistas franceses la vieron unas veces muy clara y otras muy turbia. A fines de 1865, llegó á Méjico M. Langlais, el tercer hacendista de una serie costosa y muy poco útil que Napoleón envió para poner en orden la CUEVA DE DILAPIDADORES, como llamaba su ministro Randon á la secretaría de Hacienda mejicana. Una de las cosas que ignoraron siempre Napoleón III y sus consejeros, fué que la desorganización hacendaria de Méjico no era cuestión de falta de capacidad ú honradez de nuestros ministros, conservadores ó liberales, ya que todos alcanzaban una media de estas condiciones muy suficiente para no desorganizar sistemas, si alguno hubiese podido establecerse. Napoleón buscaba en la administración los males que eran resultado de la política, y en ésta los que venían de las capas más profundas de nuestro estado económico. Creía que no sabíamos nivelar presupuestos, estableciendo contribuciones con pericia, recaudándolas con método y gastándolas con economía. A enseñarnos estas ciencias ocultas vinieron, uno tras otro, los hacendistas. El primero de la serie, M. Corta, sólo nos visitó para dar fe de la situación, y hecho esto se marchó para gritar en la tribuna del Cuerpo legislativo: «País rico, maravillosamente rico; país de fábula, verdadero Cipango.» Allí están sus palabras registradas auténticamente. Así lo dijo, ni más ni menos. Y Napoleón, que lo creyó, y M. Fould, y todos, comentaban: «¿País rico y erario pobre? País de gobernantes pillos.» Tras de M. Corta, vino M. Bonnefonds, quien, apenas se puso al trabajo, cayó enfermo, acaso para no tener tiempo de desacreditarse. Después de M. Bonnefonds, vino M. Langlais, un prodigio de hombre, un creador de piedras filosofales; pero antes de hacer el descubrimiento del Pactolo que corría bajo los papeles amontonados durante cuarenta años de desgobierno, murió el maravilloso hacendista. Estaba claro que M. Langlais hubiera creado la prosperidad, y estaba claro que, de no ser un Langlais, nadie lo haría. Así se juraba en París. Maximiliano cayó bajo el peso de la condenación fulminada contra todos los gobiernos mejicanos. ¿Por qué no había hecho lo que iba á hacer, lo que hubiera realizado infaliblemente M. Langlais? Pues por eso se le condenaba — se le había condenado, — cuando se recibió la petición de nuevos y más duros sacrificios pedidos al Tesoro francés, que se vaciaba inútilmente, y á la sangre francesa, que corría para que Maximiliano murmurase como un juarista, escribiendo cartas de acusación contra el ejército que le sostenía.

¶ Tal era la resolución adoptada por Napoleón III, impuesta por la convicción que tenía de las faltas y de la ingratitud de Maximiliano, aconsejada por sus ministros, exigida por la opinión pública, cuando se reanudó en términos decisivos la correspondencia diplomática con los Estados Unidos. Napoleón había

dado una forma disparatada al partido que tomó. Abandonaba á Maximiliano, denunciaba el convenio de Miramar y fijaba un plazo para la retirada de sus tropas; pero no liquidaba el Imperio, sino que se lo entregaba á Bazaine para que éste decidiese sobre el sostenimiento de Maximiliano en el trono, ó crease otro Gobierno que se hiciera cargo de las responsabilidades contraídas por el Imperio. Bazaine debía organizar algo duradero. «Podéis para esto, se le decía, disponer de un año á diez y ocho meses. Si el emperador Maximiliano carece de energía para sostenerse después de la salida de nuestras tropas, será preciso que convoquéis una junta y organicéis un Gobierno, y que mediante vuestra influencia sea elegido un Presidente cuyos poderes duren de seis á diez años. Ese Gobierno, naturalmente, deberá comprometerse á pagar la mayor parte de nuestros créditos.»

Maximiliano quedaba entregado á sus propios elementos y á la suprema decisión de Bazaine. Para hacer práctica la ejecución de esta disposición testamentaria, se nombraba tutor del príncipe al Gobierno de Washington, en el cual Maximiliano parecía tener una desmedida confianza, pues á fines de 1865 aguardaba por cada correo el reconocimiento que había solicitado rendidamente: todavía en marzo de 1866 soñaba despierto, y EL DIARIO DEL IMPERIO decía que el presidente Johnson tenía el propósito de abandonar esa doctrina Monroe DE LA QUE SE HABÍA HABLADO TANTO.

La nota en que M. Drouyn de Lhuys pide á Seward el reconocimiento del Imperio mejicano por conducto del ministro Montholon, repite una vieja tonada: varias veces había dicho el Gobierno francés que el de los Estados Unidos podía apresurar la retirada de las tropas francesas, reconociendo á Maximiliano. Ahora se insistía, razonando en larga serie de consideraciones las ventajas de un arreglo amistoso entre las dos naciones, sobre la base de que los Estados Unidos no entorpecerían la consolidación del nuevo orden de cosas fundado en Méjico, para lo cual no podían dar mejor garantía que el reconocimiento del Imperio. La respuesta ponía fin á la cuestión, por los términos conciliadores, enérgicos y claros en que iba consignada. No hacía más que reproducir parafrásicamente la circular de marzo de 1862, con esta sola novedad: la presencia de ejércitos extranjeros en los países vecinos, causaba inquietudes al Gobierno de los Estados Unidos, por los gastos que le originaban y por el peligro de un rompimiento; pero además de inquietudes, esa presencia causaba descontento, no porque se desconociese el derecho que tienen las naciones para hacerse la guerra, sino porque la guerra era de intervención y se proponía substituir un gobierno republicano, simpático, popular, por una monarquía que, siendo contraria al sentimiento nacional mejicano, se consideraba en los Estados Unidos como una amenaza contra sus propias instituciones. El Gobierno de Washington se abstenía de hacer propaganda republicana en América; pero siendo un hecho incontrovertible que todos los pueblos del continente habían adoptado los beneficios de esta forma de gobierno, consideraban tan injusta una intervención europea para privarlos de ella, como lo sería una intervención americana para destruir las monarquías de Europa. Estas palabras parecían venir de la tumba de Jeffer-

son, é hicieron más por la fama de Seward que todo cuanto había dicho hasta entonces; pero el final es la parte más notable de ese notable documento. ¿Por qué había de creer Francia que era incompatible con su honor y sus intereses el llamamiento de sus tropas, dejando á Méjico la libertad de disfrutar de un gobierno republicano? No podía esperarse un resultado desfavorable, tanto más cuanto que si había un pueblo con quien el norteamericano desease conservar su amistad y con quien no temiese perderla, ese pueblo era el francés.

¶ Esta nota y las que siguieron sobre el mismo asunto, ni quitaron ni pusieron un ápice á las resoluciones de Napoleón, el cual veía en ellas una jactancia sin consecuencias. Prescindiendo del reconocimiento de Maximiliano por los Estados Unidos, Napoleón siguió su correspondencia con Bazaine, sobre la tarea imposible de consolidar el Imperio. Al error de considerar por lo menos racional el encargo confiado á Bazaine, unió Napoleón la falta de no ser franco, dejando que Maximiliano entendiese la situación, y Maximiliano lo que menos quería era entender. Ni el comisionado Saillard, mal recibido y pronto despachado, ni Bazaine, ni Dano, ni nadie podía llevarle un convencimiento que estaba lejos de aceptar. Creía que sólo se trataba de una mala inteligencia producida por falsos informes, y al decirsele que se las arreglara como pudiera para sostenerse, contestaba: «Imposible. No seré abandonado. Ahí está el convenio de Miramar, y sobre el convenio de Miramar, y sobre todos los convenios, está la promesa verbal invariable de Napoleón, el cual, estrechándome la mano, me ofreció sostenerme cinco años.»

¶ Por su parte, Napoleón parecía como querer que se prolongara esa ilusión, alimentando una no menos fantástica. Sólo él podía despertar á Maximiliano, y, por el contrario, le dejaba dormir, y aun hacía lo posible por que no despertara. Maximiliano, por su parte, viendo en torno un desquiciamiento general, apelaba á Bazaine, ya con quejas, ya con ruegos, ya con recriminaciones. Bazaine, impasible, con su silencio de árabe, daba satisfacciones, pero no explicaciones, y Maximiliano, incapaz de comprender los hechos por su ignorancia de las verdaderas resoluciones del amo, llegó á ver delante de sí á Bazaine como una personificación del fracaso, culpable de todo, de omisiones en el servicio, de una barbarie en la represión que enajenaba los ánimos, de impericia, de deslealtad, y sin dejar de halagarlo cuando lo tenía cerca ó lo necesitaba ó recibía de él algún servicio, fiel á su naturaleza de pérfido por debilidad, siguió sin darse cuenta una política desastrosamente espectante, que consistía en aguardar un cambio favorable en definitiva, de la intervención providencial de Napoleón, cuando advertido de la conducta del mariscal, le enviase un sucesor.

¶ Todavía hubo una voz que le habló amistosamente para convencerle de su temeridad. El gran mejicano D. Jesús Terán, un hombre de raras virtudes, austero, de talento extraordinario, patriota sin ofuscaciones ni desfallecimientos, á quien sus correligionarios han tratado con un desvío que viene de incompreensión, pero que merece y obtendrá eminente puesto en la historia de Méjico, escribió al barón de Pont una carta aconsejando en ella á Maximiliano que desistiera de su capricho, como en 1863 le había aconsejado que no aceptara la co-

rona. «El archiduque, decía Terán, debe de estar convencido de lo que yo le anunciaba á la hora en que todo era para él ilusión; el Imperio no inspira confianza y no está distante el día en que se generalice la desafección. Aun suponiendo que se sostenga hoy, ¿quién le sostendrá mañana? El ejército francés tendrá que retirarse: un ejército de aventureros mercenarios será insuficiente. Debo repetirlo: acabará con una derrota y una expulsión. ¿No sería preferible una retirada honrosa? Maximiliano debería comprenderlo mejor que yo. ¿Ha ido á Méjico para asegurar la dicha del pueblo ó para sacrificarlo por una corona? Por fuerza he de suponer lo primero, y suponiéndolo, he de suponer que el honor y el deber le obligan á retirarse. Yo, en su lugar, pactaría un armisticio con el Gobierno constitucional, concluiría un tratado ventajoso para mí, enviaría el ejército francés y saldría del país, después de publicar un manifiesto en el que explicaría mi conducta con la promesa que hice de retirarme al ver que mi presencia fuera contraria á los votos populares.» Terán ofrecía su mediación para el arreglo con Juárez y creía poder persuadir al Presidente demostrándole los males que resultarían de una intervención extranjera, sobre todo la de los Estados Unidos. No convenció á Maximiliano, aunque sus consejos fueron recibidos con una deferencia respetuosa que siempre le guardó aquel príncipe. Tampoco Juárez le hubiera dado asenso. Terán hablaba un lenguaje incomprensible para las facciones, el de la previsión alta y serena que conocía todos los peligros de la situación. Fué el último servicio que hizo á la República, pues pocos meses después murió lejos de su patria, á la que se había consagrado noblemente, y que aun no le recompensa otorgándole un premio de honor, proporcionado á sus esfuerzos.

¶ La repatriación debería comenzar al entrar el invierno, ó mejor en el otoño, continuando sin interrupción, aunque sin precipitación. Ésta era una de las indicaciones más precisas que recibía Bazaine de su ministro. El Emperador, en carta del 15 de enero, le decía: «Lo más que puedo conceder para la repatriación del cuerpo de ejército, es el principio del año próximo.» Esto daba un año para la tarea asignada á Bazaine de consolidar el Imperio; pero en otra carta, del 31 de enero, se le daba de un año á diez y ocho meses. Bazaine tomó más de los diez y ocho meses. En su carta del 10 de marzo propone la evacuación en tres destacamentos poco más ó menos iguales: uno en noviembre de ese año, otro en marzo y el tercero en diciembre del año siguiente: veintidós meses á partir de la fecha de la carta y dos años desde el día en que Napoleón concedía sólo la mitad. No había prisa, sin duda por el convencimiento de que Bazaine tenía mucho que hacer antes de salir. Sus facultades eran discrecionales, pero sujetas á ciertas indicaciones. El ministro Randon hablaba de hacer esfuerzos para que la legión extranjera dejada á Maximiliano contase con un efectivo de siete á ocho mil hombres. Al cabo de un mes, Napoleón hablaba de elevar ese efectivo á quince mil hombres, de pagar la legión hasta el día de la salida del tercer desta-

camento y de hacerla pronunciadamente francesa. Nada de austriacos y belgas, pocos mejicanos. Se trataba de que Maximiliano heredase una parte del ejército francés, y para esto se daban todas las facilidades posibles.

☞ Bazaine, partícipe todavía de la ilusión de dominar el país con quince mil hombres, se hace responsable de una ligereza igual á la de Napoleón y Maximiliano, escribiendo el 1.º de marzo de 1866 que militarmente el país estaba pacificado como nunca. Todo lo que faltaba era una buena política y una severa administración para consumar la obra. Napoleón creyó torpemente esta noticia, que coincidía con su mensaje del 22 de enero á las Cámaras, ansiado por los Estados Unidos, como hemos visto, y adornado impudicamente en estos términos: «El gobierno fundado en Méjico por la voluntad del pueblo se consolida: vencidos y dispersos los disidentes, no tienen jefe; las tropas nacionales han manifestado su valor, y el país ha encontrado garantías de orden y seguridad que sirven para desarrollar sus recursos y aumentar su comercio...» El mismo día en que Bazaine despachaba su carta anunciando la pacificación, se daba la acción de Santa Isabel cerca de Parras, en la que Treviño y Viezca derrotaron al comandante Brian. El 25, Terrazas ocupaba Chihuahua. García de la Cadena se levantaba en Juchipila. González Herrera causaba inquietudes en la Laguna. Escobedo amenazaba los caminos militares de San Luis á Monterrey y de San Luis á Tampico. Méndez, en Tamaulipas, tenía muy comprometidos á los partidarios del Imperio, y al morir en un combate, cubría su puesto el general D. Juan José de la Garza. «De poca importancia para comprometer la posición de las tropas francesas, el combate de Santa Isabel, dice Niox, era, sin embargo, un doloroso episodio que costaba al ejército la pérdida de valientes soldados. El mariscal recordó severamente que prohibía de una manera absoluta todo movimiento fuera de las grandes líneas de operaciones, es decir, la de Veracruz á Guadaluajara por Méjico, Querétaro y Lagos, la de Querétaro á Monterrey y la de Lagos á Durango. Sin orden expresa, ninguna fuerza debía alejarse más de cuatro ó cinco leguas.» Ésta era la pacificación ADELANTADA COMO NUNCA y la señal de que la obra sólo esperaba una buena política y una severa administración para quedar consumada.

☞ Saliendo de esas líneas, ¿quién se encargaba de hacer frente á los republicanos? He aquí lo que podían las fuerzas imperiales mejicanas según el ministro Lacunza: en el nordeste, Mejía con su división, encerrado en Matamoros, muriéndose de hambre; en el norte, Quiroga muriéndose de hambre; en el sur, Franco, sin poder salir de Oajaca contra los republicanos por falta de recursos; Florentino López, inmovilizado por la misma causa en San Luis Potosí; las fuerzas austrobelgas, debiendo medio millón de pesos y acabando con los recursos de los puntos que ocupaban. Dice muy bien el señor Bulnes: no era la doctrina de Monroe, sino la doctrina de la miseria la que acababa con el Imperio. ☞ Napoleón seguía dictando medidas de salvación antes de aceptar la evidencia. Su opinión era adversa á la concentración del ejército y á la prohibición de que se diseminara. Por el contrario, debía hacerse lo que aconsejaba uno de los oficiales expedicionarios, que escribía cartas llenas, según el Emperador, de buen

sentido. Una de esas cartas fué copiada en la que dirigió el Emperador á Bazaine el 15 de mayo. Puesto que las fuerzas imperiales mejicanas no podían perseguir á los republicanos, debía darse este encargo á los franceses para que hiciesen una CHUZA antes de concentrarse en Veracruz. Era necesario dar veinte golpes á la vez, acabando con Régules en Michoacán, Corona en Sinaloa, Méndez en Tamaulipas, Escobedo en Nuevo León, y dos ó tres más, decía el correspondiente anónimo, muy convencido de que era fácil hacer UNE GRANDE RAFFLE ET SURTOUT UNE RAFFLE DE TÊTES. Para lograr esto, bastaba formar columnas autónomas confiadas á oficiales inteligentes. Cada uno de ellos se pondría en persecución de un disidente, y, con buenas piernas y dinero, no tardaría en darle el golpe de muerte. Era la receta del charlatán para matar pulgas con el polvo infalible. Es muy sencilla y está llena también DE BUEN SENTIDO: se coge la pulga y se le administra el polvo...

☞ Napoleón abundaba en procedimientos de igual eficacia. Otro, era la vuelta á la federación. Maximiliano debía formar un gran Estado central con vista para los dos mares, y concentrarse allí. Los otros Estados, débilmente unidos por un vínculo federal, serían tal vez para Juárez, aunque él no lo dijo.

☞ Bazaine, que en ciertas ocasiones tenía la franqueza de rechazar un plan sugerido por el emperador Napoleón, diciéndole que prefería el que se le comunicaba por el ministerio, archivaba las cartas que contenían consejos irrealizables, sabiendo la significación que tenían. Se le había dicho que derrocara á Maximiliano ó que lo sostuviera, y él, subalterno hasta la médula, se escurría por los espacios intersticiales que le dejaba la situación, diciendo para su capote: «Si Maximiliano ha de ser derribado, que lo derribe quien lo puso en el trono; si ha de sostenerse, que se sostenga cómo Dios le dé á entender. Yo no acepto estas facultades tan ilimitadas y tan vagas, sino en aquello que no implique actos positivos y decisiones finales. Mi deber está contenido en la repatriación del ejército, y á esto me dedicaré.»

☞ Tal vez Napoleón le hubiera agradecido á Bazaine que lo desembarazara de la cuestión de Méjico; pero como, con las facultades para resolverla dictatorialmente, venía el ruego de que hiciese un milagro, Bazaine obró bien absteniéndose de intentar el milagro y renunciando el poder omnímodo que se le confería. ☞ Dice Ollivier que cuando Napoleón III acabó de corregir las pruebas de la VIDA DE CÉSAR, el mal nefrítico le nublabá ya el cerebro y le debilitaba la voluntad. El poder personal le abrumaba. No podía con las responsabilidades contraídas. Algo hubiera dado por quitarse tanto peso de encima; pero, en vez de amenguar, las dificultades crecían y se hacían más angustiosas las zozobras. La cuestión romana seguía siempre en el mismo estado de asunto pendiente; la cuestión de Méjico originaba diariamente nuevos disgustos, y, para evitarlos, no bastaba decir: QUE BAZAINE SE LAS COMPONGA COMO PUEDA; Italia presentaba dificultades de porvenir más aún que de presente, y Prusia, con su ciencia y su fusil de aguja, objeto de burla, se levantaba como una formidable amenaza de complicaciones. «No me batiré en el Rhin», había dicho el emperador, contestando una carta de Bazaine. No quería batirse, en efecto. Metido en su gabinete veía como GLO-